

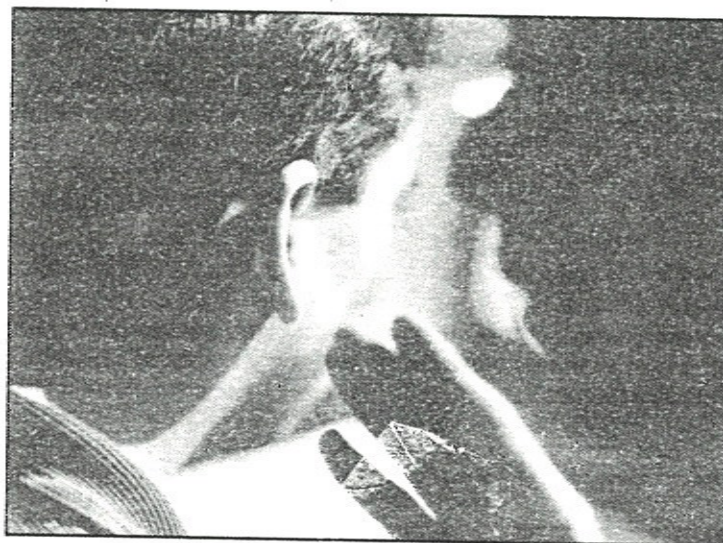
## Un subproducto llamado rumor

El cine norteamericano ha popularizado la figura del héroe solitario que lucha contra las fuerzas del mal. Algunas veces se presenta como el "jovencito bueno" de las películas de cowboys que enfrenta a los despiadados bandoleros que asolan al Far West; otras, es el honrado policía que persigue denodadamente a los criminales no obstante la indolencia de sus jefes, y no son pocas las películas que nos muestran a un simple ciudadano luchando heroicamente para liberar a su comunidad de los tentáculos de la mafia que la oprime y extorsiona. Al final de todas esas películas hay un "happy end" en que el "outsider" se impone al "establishment" en medio de la aprobación popular.

Me imagino el desconcierto que habrán sentido dos criollos émulos de "El llanero solitario" cuando, como fruto de sus solitarias y agresivas campañas en pro de una supuesta moralidad pública, uno fue a parar por breves días a la cárcel y el otro debió sufrir el total descrédito. Deben haber pensado que quienes así los habían juzga-

do carecían de cultura cinematográfica.

Lo significativo de estos tristes episodios, lo que induce a la reflexión, es el hecho de que estos improvisados Catones han obtenido una adhesión preocupante en un sector de la población. No sólo me refiero a las manifestaciones que en favor de uno de ellos se produjeron por parte de personas de baja cultura, sino a los comentarios de salón que han proliferado por parte de personas de un mayor nivel cultural y que dan crédito a las denuncias irresponsables. Si alguien les dice que se trata de rumores inconsistentes, replican trayendo a colación el dicho popular: "Cuando el río suena, es porque piedras lleva". No parece importarles quiénes son los que hacen sonar el río y cómo obtienen



su sonido.

Estos hechos y esta reacción están develando una larvada y generalizada sensación que ha comenzado a crecer entre nosotros y que consiste en la sospecha de que en el Chile de hoy se han hecho realidad los versos del tango "Cambalache": "Vivimos revolcaos en un merengue y en un mismo lodo, todos manoseaos".

Esta apocalíptica y falsa visión de nuestra sociedad me parece que es uno de los

tantos subproductos que nos ha traído la irrestricta adhesión a la economía de mercado. Cuando se nos ofrece como principal objetivo de los individuos la obtención del dinero y el poder, cuando para alcanzarlo se recurre a una despiadada libre competencia, no es sino lógico

que las grandes mayorías se sientan frustradas por no alcanzar ni el poder ni el dinero que otras ostenten, y sospechen entonces que quienes lo alcanzaron lo hayan hecho por medios ilícitos.

No es sorprendente que los dardos de nuestros improvisados llaneros solitarios no se hayan dirigido contra quienes efectivamente detentan el poder y el dinero, como son los integrantes de los grandes grupos económicos, sino que

han pretendido alcanzar a políticos, futbolistas, dirigentes deportivos y gente de la televisión. O sea, a actividades que los medios comunicacionales destacan diariamente y aparecen, a los ojos de la mayoría, como los que están disfrutando de esa apetecible torta a la que se refieren las estadísticas económicas y de la que tan pocos parecen disfrutar.

Podrá haber excepciones, pero en general nuestros políticos han llegado a la posición que ocupan gracias a su vocación de servicio público. Los futbolistas, periodistas y animadores de la TV no han llegado a ganar las sumas que se les pagan por un golpe de suerte o porque se "pichicatean". Tras el éxito en sus actividades hay una larga trayectoria de trabajo, esfuerzo y sacrificio.

Aceptar el rumor que indiscriminadamente suele afectarlos, es un arma de doble filo, que en definitiva daña a toda la sociedad. Implica aceptar que el éxito se fundamenta en los actos ilícitos y no en el talento. Y afortunadamente no es así. En la gran mayoría de los casos, por lo menos.